



José Fernández Iglesias, 73 años
Myriam Segura de la Morena, 25 años.

El tesoro de mi vida

José Fernández Iglesias deshila con quietud y cierta añoranza la historia de su vida. Teme que caiga en el olvido cuando le llegue la muerte. Escribe para su mujer, para sus hijos; para que le recuerden. Quiere contar su historia. La historia de un valiente.

“El peligro en las minas es como el de un torero en la arena”, asegura José Fernández Iglesias. Y parece que aquello de “aunque me ronde la muerte, no tengo miedo a morir” que cantaba Antonio Molina a principios de la década de los cincuenta, era sólo la letra de una canción. “Lloré como lo que era, un niño”. A José, Pepe como todos le llaman, aún se le llenan los ojos de lágrimas al relatar el primer susto de su vida. “Fue a los 17 años. Cuando llegué una mañana, al entrar en la mina, vi a mi hermano enterrado; se derrumbaron las paredes y allí quedó sepultado bajo toneladas de piedra”. “Tiempos difíciles”, recuerda con la mirada perdida, alisándose con la mano su cabello blanco como queriendo deshacerse de esos penosos recuerdos que aun le hacen sentir como un niño asustado. “Trabajando de sol a sol para poder malcomer porque entonces, en España, se pasaba hambre”.

Es el menor de cinco hermanos. Antes de minero, había sido pastor. “Ya tenía yo 14 ó 15 años cuando comencé a trabajar para ayudar a mis hermanos. Como era el más chico, tenía que llevar las herramientas a la fragua para afilar las puntas antes de entrar en la mina”. Trabajaban a destajo, sin apuntalar las paredes por falta de medios, en las minas de piedra de Colmenar de Oreja, un pueblo de la ribera del Tajo del que Pepe cuenta tiene la fama del vino y del aguardiente, de las mujeres bonitas y de los hombres valientes; “¡como yo!” añade el chascarrillo sin ocultar lo satisfecho de sí mismo que se siente.

A sus 72 años, nos conduce con paso firme a un despacho para la entrevista. No deja de sonreír ni un solo instante. En la mano lleva una carpeta llena de trocitos de su historia. Hoy es el vicepresidente del Centro de Mayores de Ciudad Pegaso, donde llegó a los 23 o 24 años, allá por 1958, para trabajar en las cadenas de montaje de los camiones, tan sólo cuatro años después de que se terminara la construcción de la fábrica Madrid-Barajas. El primer modelo que fabricó Pepe fue el primero que se construyó íntegramente en la recién estrenada industria. “El Barajas”. No había cogido nunca un libro en las manos pero tenía claro que no quería seguir viviendo con el miedo de morir enterrado, porque como en aquella canción, lo que sí era verdad es que su madre se quedaba rezando sin saber cuántos de sus hijos regresarían a casa. Cuando tuvo su primer accidente grave (se rompió un pierna al desplomarse un corte de roca) tomó la decisión de abandonar el pueblo, “el que me vio nacer y me dio tanto trabajo”; a sus hermanos, a sus padres y sin otra seguridad que la de querer salir a delante se vino para Madrid.

“He criado a mi familia, el tesoro de mi vida, pero no conocía a mis hijos. Lo que yo he vivido, ahora lo veo en las películas”. Eran jornadas de 14, 16 o incluso 24 horas trabajando con un salario de 160 pesetas. España seguía estando en una dura posguerra. “Entré de peón, y salí de Oficial de Primera-Electricista”. Estudiaba por la noche, se presentaba a todos los exámenes y superaba con tesón cualquier dificultad. “Después de la mina, una cadena de montaje era un paseillo suave. Si ofrecían horas extras yo me apuntaba a todas. Tenía cuatro chavales que alimentar”. De los 70



puestos que tenía la cadena, Pepe estaba cualificado para cualquiera de ellos. Era lo que se llamaba un "comodín". Todavía conserva hoy, y muestra orgulloso, los cuadernos que elaboró a fuerza de tesón para presentarse a cada examen.

Pero hubo momentos muy difíciles para la empresa y los obreros. "Pegaso era la reina de las huelgas". Y en aquellos días de piquetes, de carreras delante de "los grises y la guardia civil", de detenciones y sin sueldo, había que hacer cualquier cosa para comer. Plantar tomates o mezclar cemento para las obras. Pepe se disculpa, pero no puede pasarlo por alto. "Es que ahora la juventud, y perdona, no voy a generalizar, pero ahora la juventud no lucha; ¡mira en Francia mismo! ¡Os juntáis para el botellón cada fin de semana! ¿Y por qué no os quejáis del contrato basura? Yo cuando llegué de la cantera no sabía ni lo que era una huelga. La primera a la que fui no llevaba ni el carné de identidad ni nada, y ¡corrí como un gamo! Luchando se consiguen las cosas".

No suelta el bolígrafo y dibuja, para hacerse entender, las cabezas de línea o las regletas de los cables. "Esto no lo han sabido nunca en Pegaso, pero yo no distingo... no sé si seré analfabeto de colores". Resulta que Pepe es daltónico, pero eso es una menudencia que de ninguna manera le iba a impedir promocionar en la empresa. Junto con los técnicos y los ingenieros, Pepe fue el diseñador del Prototipo militar de Pegaso, la cabina Vadeo. "¡Y no diferenciaba el rojo del verde!".

Pepe es uno, pero representa a toda una generación. A toda una generación que "las a pasado canutas; dicen de los inmigrantes ahora. Cuando yo llegué del pueblo con mi mujer y mi chaval, alquilamos una habitación, cocinábamos con un hornillo, hacíamos nuestras necesidades en un orinal y nos aseábamos en una palanganita de cinc. No teníamos ni luz ni agua corriente y me hacía 6 kilómetros en bicicleta, cuando la tenía, y si no andando desde San Fernando a la fábrica". Los años en la mina y los accidentes le pasaron factura y tuvo que prejubilarse. "A los 54 años, medio fastidiado, con dolores de cabeza y los riñones doblados". Lo hizo contento por que por fin podía estar con los suyos. Pero no dejó de luchar.

Del Centro de Mayores Ciudad Pegaso, Pepe dice que es un milagro que les ha devuelto a muchos la sonrisa. "Un recuerdo a compañeros que por desgracia han muerto y rompieron sus zapatos subiendo al ayuntamiento". Les tocó, una vez más, pelear duró para que dieran un lugar propio a los ancianos del barrio; pero lo consiguieron. "Es el mejor de Madrid" asegura su orgulloso vicepresidente, que hace lo que puede para que todo marche. Tiene peluquería y podólogo, clases de Tay-Chi, de sevillanas, cerámica, pintura en tela. Organizan viajes, juegan al bingo. "Lo estamos disfrutando."

Pepe guarda lo mejor para el final de cada entrevista. Canta unos villancicos compuestos por él para celebrar las navidades en el Centro de Mayores, lanza un piropo o muestra orgulloso algunas fotografías antiguas. "En esta ya estábamos en Madrid. El bebé es Jesús, el primero". Pepe lleva muletas en la fotografía porque acababa de salir del hospital por el accidente en la cantera. "¿Ves que guapo era yo? ¡Y tenía unas ondas en el pelo!..." Y es verdad. Ahora el brillante y ondulado pelo negro de Pepe es el blanco testigo del paso de los años. Escuchando a Pepe se aprende que no queda más alternativa que vivir el día a día, y que no hay mejor día que éste que nos toca vivir. La historia de Pepe, narrada con su propia voz, conmueve. Pero su capacidad de conmover no debe nada a ningún género de énfasis. Es la emoción que late bajo sus palabras, las que dibujan su historia, las que enturbian su



mirada. Unas cuantas palabras verdaderas que nos cuentan que no cualquier tiempo pasado fue mejor. Que son la memoria viva de España.

Lo importante de la vida

Pepe no sabe expresar con palabras cuál es el sentido de la vida; intentar resumir en apenas un instante más de 70 años de vida, despertar de su letargo tantos recuerdos que se refugian perezosos en las profundidades de la memoria, lo que ha aprendido, elegir de todo lo pasado lo que merece la pena, no le resulta fácil.

Pepe no sabe que el sentido de la vida lo lleva grabado a base de sangre, sudor y lágrimas en la frente; y en su sonrisa. No sabe que no le hace falta hablar para demostrar por que la vida merece la pena ser vivida.

Con cada una de sus palabras, de las anécdotas que cuenta, las que todavía hoy le hacen estallar en una sonora carcajada o las otras, las que están apunto de conseguir que se desborde su mirada, demuestran que poner un pie delante del otro no es más que moverse, pero no avanzar. Que para avanzar es necesario tener porqué luchar. Y que es más difícil pelear si no sabes porqué lo haces.

Dejó la mina porque no quería seguir teniendo miedo. Porque su madre se quedaba rezando cada mañana y con el corazón en un puño hasta que regresaban sus cuatro hijos de la mina; porque había visto a su hermano enterrado vivo. Porque ya amaba a su mujer y a su hijo, y sabía que amaría a los que estaban por venir... pero sólo si se mantenía vivo. Tenía algo por lo que pelear.

La de Pepe es una historia de supervivencia y superación, de lucha, de sacrificio y esfuerzo. Es una historia de cosechas. La cosecha de toda su vida: "mi familia, el tesoro de mi vida". Su mujer, sus hijos, que han tenido todo lo necesario, que han podido estudiar, que le han dado nietos. Pepe demuestra con cada gesto, con cada mirada, que la vida tiene sentido en sí misma. Que merece la pena ser vivida. Que es un camino que echando la vista atrás parece imposible de superar, y sin embargo lo que importa es seguir intentándolo, "buscar un nuevo día". Sonríe mientras lo dice. Que las cosas tiene el valor que les quieras dar. Que no hay proyectos de vida más validos que otros, que lo importante es saber llegar. No importa el dónde. Lo que importa es que sea el sitio que elijas por que si luchas, ganas. Siempre.